

Capítulo LXVI.

Donde se vé que es cierto que la Providencia aprieta, pero no ahoga.

¡Triste condicion la de la humanidad!

En vano el genio abarca la inmensidad de su pensamiento; en vano busca y encuentra las dificultades, y emplea toda su energía para vencerlas; en vano es poderosa la influencia que ejerce sobre los demás, é imprime en todos los que han de ayudarle á realizar su empresa ese sello de grandeza que en sí tienen.

Cuando despues de inmensas penalidades logra reunir los elementos necesarios para calmar su afán; cuando ante la esperanza de la realizacion de su pensamiento enjuga la lágrimas de sangre que han tenido que devorar sus ojos y sonríe á la esperanza, un sér mezquino, un obstáculo que no ha podido ver por

su misma pequenez, se levanta, crece á su sombra como la mala yerba al lado de la dorado espiga, y robándole su sávia, esteriliza la obra en que ha empleado tantos años, tantas lágrimas, tantas vigilas, tanta vida.

¡Cuán ajeno estaba Cristóbal Colon en aquellos momentos en que, despues de haber vencido á sus calumniadores de la metrópoli, tenia todavía que soportar las dilaciones á que le condenaban las intrigas de sus enemigos!

¡Cuán ajeno estaba, repito, en aquellos momentos, en que hacia supremos esfuerzos para dar nueva vida al abatido entusiasmo, de que un miserable á quien habia sacado de la nada, á quien de humilde y desastreado pordiosero habia convertido en uno de sus más favorecidos servidores, de que un hombre, en fin, á quien á pesar de su humilde condicion, habia elevado á los mayores empleos, creyéndole en la desgracia, ó dominado por el demonio de la ambicion, pagaba sus beneficios con la más negra ingratitud, y destruía uno á uno los eslabones de la gran cadena con que queria unir su nombre á la inmortalidad el ilustre marino!

¡Y de tal manera obraba el infame Roldan, que la conquista que tanto habia costado á Colon, que tantos sacrificios pecuniarios habia obligado á hacer á la corona de Castilla, estaba al borde del abismo, de un abismo sin fin, de un abismo que en aquellos momentos podia influir muy poderosamente, no ya en el porvenir de la conquista, sino de la nacion entera!

¡Cuán fácil es el medro de los hombres que, como

Roldan, explotan las malas pasiones de la muchedumbre para combatir á aquellos á quienes encumbra la gloria. La humanidad no hace justicia, mientras viven, á los hombres que de la nada ó por sus merecimientos llegan á los primeros puestos de las naciones.

Atribuyen su preponderancia á sus malas artes, á su suerte, á todo ménos á la verdadera causa que los eleva; la envidia ciega sus ojos, se apodera de su corazón y devora sus buenos sentimientos, como las insectos devoran la sávia de los árboles.

Por eso es tan fácil á los pigmeos encontrar el concurso del vulgo para combatir á los gigantes.

Por eso Francisco Roldan encontró una falange numerosa de gente descontenta que debia su desgracia á sus vicios, pero que la atribuia al almirante y á sus hermanos, cuya única falta, hasta entonces, no era otra que la de haber complacido demasiado á los que por sus inclinaciones sólo merecian el despotismo.

No podia, en efecto, imaginar Colón la situación precaria en que se hallaba el país que habia conquistado.

La rebelion no habia pasado desapercibida para los indios.

Envalentonados al ver divididos á los españoles, comenzaban á negarse á pagar el tributo.

Estimulados por Roldan, se rebelaban también contra las órdenes del gobierno.

El jefe de la rebelion tenia á su lado á todos los

caciques, que querian ayudarle á vencer á los leales primero, para caer despues sobre él y aniquilarle.

En esta triste situacion no tuvo más remedio el adelantado que perdonar á su vez el tributo á los indios de la Vega para tenerlos á su lado, y que en todo caso las fuerzas fueran iguales.

Los españoles que ocupaban los fuertes tenian que vivir encerrados en ellos, so pena de perecer á manos de los indios.

Los jefes se veian obligados á perdonar muchas faltas de insubordinacion y á consentir ciertas licencias que se permitian sus soldados, porque á la menor resistencia huian de los fuertes y corrian á confundirse con los rebeldes.

Si á esto se añade el hambre que empezaba á reinar, porque los insurrectos veian consumidas en un mes las provisiones de medio año, se comprenderá fácilmente hasta qué punto era lastimoso el estado de los primeros conquistadores del Nuevo Mundo.

Bartolomé se encerró en la Concepcion con el mayor número de soldados que pudo reunir; pero aun allí no se creia seguro, porque sabia que los insurrectos habian tomado las medidas necesarias para sitiarse la fortaleza, para rodearla de llamas, para obligar á perecer á todos los que estaban en ella si de grado no se rendian.

La hora de la destruccion se acercaba.

No habia una sola esperanza; no se veia, en medio de tanta oscuridad, un solo rayo de luz.

Pero la Providencia debia inclinar su balanza en favor de la verdad y de la justicia.

Cuando más crítica era la situacion, cuando la desesperacion empezaba á apoderarse de todos los ánimos, llegó al puerto de Santo Domingo Pedro Hernandez Coronel con los dos buques que salieron antes que Colon del puerto de Cádiz.

El adelantado tuvo noticia de su llegada, corrió á Santo Domingo, y su corazon se ensanchó al ver que en los buques llegaban víveres abundantes, municiones y un refuerzo de tropas suficientes para contrarrestar los planes de los insurrectos.

Al mismo tiempo recibió cartas de su hermano noticiándole la causa de sus dilaciones, su próxima llegada y la proteccion que le dispensaban los reyes.

Estas noticias se pregonaron en las dos colonias, se trasmitieron á todos los fuertes, y la indecisa fidelidad de los soldados se afianzó.

Los insurrectos se desaminaron un tanto.

Pero no podian volverse atrás, y continuaron por la fatal pendiente á donde su ambicion les llevaba.

Capítulo LXVII.

Pedro Coronel.

La llegada de Pedro Hernandez Coronel varió, como he indicado antes, la situacion de la colonia.

Los reyes habian confirmado el nombramiento hecho por Colon en su hermano de adelantado mayor, y esto fué causa de que los españoles se apresuráran á obedecerle con mayor motivo que antes, por desempeñar aquel puesto, no ya por la voluntad de Colon, sino por la de los reyes.

Pedro Coronel refirió á todos el gran favor de que disfrutaba en la córte el almirante, y los preparativos que se hacian para proporcionarle una gran escuadra, con la que continuaria sus exploraciones al mismo tiempo que reforzaba la guarnicion de la isla de Haiti y regularizaba la importacion de víveres.

Estas noticias llegaron tambien á oidos de Rol-

dan, y su desesperacion fué inmensa, porque no dudaba que en cuanto los que le acompañaban se informasen de la próxima llegada de Colon con tropas y víveres, y lo que era más aún, con el favor de los soberanos, le abandonarían desde luego para obtener el perdón y disfrutar de las ventajas que les aguardaban.

Para evitar que esto sucediera proyectó desde luego cortar toda comunicacion entre las tropas leales y las suyas y activó las negociaciones que habia entablado con Mayabonex, para que aquel, despues de destruir la fortaleza de la Concepcion, recuperase el dominio que habia perdido sobre la Vega Real.

A pesar de conocer su intenciones, y de saber que contaba con los indios, no tuvo inconveniente el adelantado en abandonar la fortaleza para trasladarse á Santo Domingo.

Pero destinó tropas á los desfiladeros para impedir que se acercase Roldan.

Comprendiendo asimismo cuán importante era para la prosperidad de la colonia la pacificacion completa, resolvió al mismo tiempo que mandó proclamar la confirmacion de su nombramiento, conceder amnistia de todos los delitos, con la expresa condicion de que los rebeldes se presentaran inmediatamente á prestar juramento de fidelidad y sumision.

Hallábase por entonces Roldan con los suyos á más de cinco leguas de Santo Domingo, y Bartolomé envió á Pedro Hernandez Coronel, á quien el rey habia nombrado alguacil mayor de la isla, para que

conferenciase con el jefe de los insurrectos, le anunciase sus intenciones de perdonarlos, y lograr por aquel medio contener la insurreccion, más formidable todavía, de los indios, que empezaba á marcarse demasiado para que no temiera Bartolomé sus consecuencias.

Nadie mejor que Pedro Coronel, que habia presenciado las buenas disposiciones de los reyes en favor de Colon, podia convencer á los rebeldes de lo inútil de sus esfuerzos.

Animado de los mejores deseos partió el emisario del adelantado, y Roldan supo su próxima llegada por uno de sus espías.

No le convenia de ningun modo que sus gentes oyesen á Pedro Coronel.

Escogió, pues, diez hombres de los más adictos á su persona, y con ellos fué al encuentro del emisario y le detuvo.

La historia ha conservado las palabras que pronunció entonces el jefe de los insurrectos.

—¡Alto, traidor!—dijo.—Si hubiérais llegado ocho dias despues, todos hubiéramos sido unos.

En efecto; no ocho dias, dos que hubiera tardado, hubieran dado lugar al infame Roldan para conseguir sus intentos.

Pero Coronel, sin temor á la amenaza de los rebeldes, les comunicó las órdenes que llevaba y les ofreció el perdón.

—Vuestras promesas no me seducen,—dijo Roldan;—conozco lo bastante al adelantado para estar

convencido de que apenas me encuentre en su poder me quitará la vida. No, no me someteré nunca á él. Si me he revelado no ha sido contra los reyes, no ha sido contra el almirante, sino contra la tiranía de su hermano. Cuando llegue nuestro verdadero jefe iremos todos á rendir nuestras armas ante él, y mientras gobierne el adelantado, preferiremos perecer á entregarnos.

Volvióse Coronel á Santo Domingo, y participó la resolución de los rebeldes.

Bartolomé no pudo hacer más de lo que habia hecho.

Los declaró solemnemente traidores y dispuso que fueran perseguidos.

Algunos de los insurrectos se acogieron á la amnistía.

Roldan, que vió mermar sus filas, reanimó en sus soldados la esperanza de conquistar el departamento del Xaragua, asegurándoles que aquel acto les alcanzaria el perdon del almirante, y para entretener á los que salian en su persecucion, incitó á los indios, y especialmente á Mayabonex, que habia abandonado su retiro para volver á la Vega á reconquistar sus estados, á que se apoderasen de la fortaleza de la Concepcion, y peleasen con los españoles mientras él avanzaba al departamento del Xaragua.

Los caciques, de acuerdo con Mayabonex, en la seguridad de que Guaorocaya, que no estaba conforme con la conducta que observaba Anacaona, les ofreceria asilo en sus montañas en caso de salir der-

rotados, se coligaron para tomar por sorpresa el fuerte de la Concepcion.

Convinieron en atacar por distintos lados.

Para no infundir sospechas acordaron formar varias divisiones y permanecer separados unos de otros hasta el momento decisivo.

Mayabonex les dijo:

—La primera noche que alumbre la luna de lleno, caeremos todos sobre la fortaleza.

Dispuestos á llevar á cabo su plan, esperaron á que el astro de la noche se manifestase en toda su plenitud.

Pero uno de los caciques se adelantó, y creyendo que los demás atacarian la fortaleza al mismo tiempo que él, dió el golpe.

Los soldados de la fortaleza le rechazaron.

El cacique huyó con los suyos hasta donde se hallaba Mayabonex.

La desesperacion de este caudillo por ver malogrados sus planes fué tanta, que mandó dar la muerte al torpe guerrero que habia destruido sus esperanzas.

La noticia de aquel ataque llegó al adelantado, el cual, con fuerzas numerosas, salió á la Vega dispuesto, á sofocar la insurreccion india.

Mayabonex vió malogrados sus esfuerzos, y corrió á refugiarse con los suyos en las montañas de Ciguay, en donde no habian podido penetrar hasta entonces los españoles.

Bartolomé comprendió que para evitar en lo su-

cesivo insurrecciones de aquella especie necesitaba perseguir á los indios hasta en sus mismas madrigueras, y en tanto que Roldan avanzaba con los suyos hácia la provincia de Xaragua, el adelantado, al frente de sus tropas, se encaminó al Ciguay, dispuesto á sostener una campaña que asegurase á los españoles la completa dominacion de la isla y cortase de raíz los gérmenes de nuevas rebeliones.

Capítulo LXVIII.

Heroísmo.

Cuando se considera las condiciones de carácter que desplegaron los indios á vista de los europeos en aquellos momentos, en los que se atentaba á su independencia, no puede ménos de lamentarse que naciones gastadas llevaran al seno de aquella virgen tierra el germen de los malos instintos, que por desgracia corroían como un gusano su corazón.

Mayabonex, despues de su segunda tentativa para desalojar de la Vega á los españoles, se refugió de nuevo en el Ciguay, en donde á la sazón mandaba Guaorocaya.

—Arrojado de mis dominios,—le dijo,—vengo á implorar tu proteccion.